



Queridos Hermanos,

¡Qué gran misterio encierra la vida de San Pedro y San Pablo! Cada uno tenía su historia personal, su vida, diríamos, «a cuestas», ya hecha -uno casado, pescador, el otro fariseo observante... Todo parecía normal en sus existencias, hasta que un día todo cambió. Con nosotros, «mutatis mutandis», ¿no ha sucedido también lo mismo? ¿Es que no había otras personas «aptas» para ser llamados a un ministerio tan excelso como aconteció con San Pedro y San Pablo después de su conversión? Ciertamente que sí. ¿Y por qué ellos? Es fácil responder: «porque Dios lo quiso así», y dejar el tema. Pero si queremos penetrar más adentro, la interrogante no queda resuelta. Porque es una interrogante que nos atañe a cada uno de nosotros personalmente: «Señor, ¿por qué yo?». Y la mente no encuentra reposo hasta que descansa en un acto de fe: «Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que yo desconozco la razón de tus designios, pero me basta que tú lo sepas para que mi alma repose serena en Ti, Fons Veritatis, Fuente de toda verdad».

Todo comenzó un día. Ellos no lo imaginaban. Andrés invitó a su hermano Pedro. Saulo cayó a tierra estrepitosamente. Alguien se cruzó en el camino de ambos. Y ese Alguien les descubrió de tal manera «algo» que entonces no veían, que todo lo anterior, toda su vida, en cierto sentido, se derrumbó. La existencia entera de sus personas, todo lo que hacían se deshizo, se esfumó, frente a algo nuevo, frente a Alguien, frente a una Realidad mayor. El encuentro de Jesús, Nuestro Señor, con San Pedro y San Pablo no fue fruto del azar. En los caminos de la Providencia no existe el azar. San Pedro y San Pablo estaban desde siempre inscritos en el libro de la vida, estaban en el entendimiento divino que se identifica con su esencia, estaban pre-destinados a reproducir en sí mismos la imagen de Jesucristo, y estaban post-desinados a cumplir una misión excelsa en la historia del mundo. Y Dios dijo: «hágase», y se hizo, llegó el día y la hora, el kairós. Y ambos no huyeron como Jonás y como tantos en la historia de la Iglesia. Fue demasiado grande la tarea que se les presentaba. Desde su conversión, un camino nuevo comenzó. Quedarse como antes, en una vida normal..., después de lo que habían visto y oído..., no era para ellos, no era para el impulso interior de la gracia que los urgía a continuar en el seguimiento de su Señor. Algo parecido, «mutatis mutandis», salvando las distancias casi infinitas, nos ha sucedido en la historia reciente de nuestra Schola Veritatis, en lo personal y como comunidad eclesial. Era más cómodo, era más seguro, parecía más prudente quedarnos como estábamos antes, pero ¿cómo no lanzarse a la aventura tras un Señor que habiendo tocado nuestros corazones los dejó ardiendo en su paz?

San Pedro y San Pablo en ese camino no comenzaron siendo ya perfectos, santos. Cometieron errores, se equivocaron, resistieron a la gracia, pecaron. Y sin embargo, la gracia fue más fuerte que ellos. La gracia triunfó en la debilidad y el pecado de ellos. Y la gracia hizo de ellos los Príncipes de los Apóstoles y fundamentos de la sociedad divino-humana que es la Santa Iglesia de Dios. Nosotros confiamos en que esa misma gracia, «mutatis mutandis», también ha de triunfar en nuestro pecado, en nuestra debilidad, en la pobreza que portamos en nuestra forma de vida. por eso decimos con San Pablo que nos gloriamos en nuestra debilidad para que triunfe en nosotros la gracia de Cristo.

Este camino emprendido llevó un día a San Pedro y San Pablo a dar testimonio de la verdad con su propia vida en Roma. Fueron mártires porque dieron testimonio de Jesucristo y de la verdad por Él revelada. Como dice el Prefacio de la Santa Misa: «Pedro, primer predicador de la fe; Pablo, maestro esclarecido de la verdad». Hoy es un día entonces en que debemos agradecer la fe apostólica, que es también la nuestra, proclamada por estas dos columnas con su predicación y con su vida. Es la fe que vence al mundo, porque cree y anuncia que Jesús es el Hijo de Dios: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Su fe, y la fuerza para el martirio, no les vino de su capacidad humana. No fue ningún hombre de carne y sangre quien enseñó a Pedro quién era Jesús, sino la revelación del Padre de los cielos (cf. Mt

16,17). Igualmente, el reconocimiento «de aquel que él perseguía» como Jesús el Señor fue claramente, para Saulo, obra de la gracia de Dios. En ambos casos, la libertad humana, la correspondencia que presupone el acto de fe se apoyó en la acción del Espíritu Santo. ¿Y nosotros hemos de suponer que nos ha de faltar la gracia para la misión que el Señor nos va descubriendo en este tiempo fundacional de nuestra Schola Veritatis?

La fe de estos apóstoles es la fe de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Desde la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, «cada día, en la Iglesia, Pedro continúa diciendo: ‘Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo!’» (San León Magno). Y nosotros cada día, cada segundo, repetimos lo mismo con él. Desde entonces hasta nuestros días, una multitud de cristianos de todas las épocas, edades, culturas ha proclamado unánimemente la misma fe. Y esta fe, es nuestra fe, no una fe progresista y liberal que consensua con el mundo, no una fe sin sal que cede..., para no padecer Cruz. Nosotros sabemos que, como dice el apóstol San Juan, la fe vence al mundo, como venció toda resistencia en San Pedro y en San Pablo. Nosotros esperamos que esa fe haya de triunfar y vencernos, herirnos y abrirnos al misterio del amor de Cristo que se esconde en la historia pequeña y corta de nuestra familia eclesial.

Por último, en Schola Veritatis, por el bautismo y la confirmación, por nuestro 4º voto de martirio por la verdad, es decir, por nuestra vocación en la Iglesia estamos puestos en el camino del testimonio, esto es, del martirio. Es necesario que estemos seguros que el Espíritu Santo no nos ha de fallar en el momento supremo como tampoco falló a nadie que a Él se haya confiado. Porque esto no es algo nuestro, como tampoco lo fue de San Pedro y San Pablo, sino algo que viene de Dios y, por eso en él nos apoyamos y con Él todo lo podemos.

Renovemos nuestra confianza en la fe católica, unámonos en la comunión de los santos a San Pedro y San Pablo, que son columnas de la Iglesia. Pidámosles a ellos que sean columnas de nuestra Schola Veritatis, y terminemos meditando en el misterio de ellos, en el nuestro y en el de nuestra Schola a la luz de estas palabras sublimes de San Pablo:

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo (a San Pedro, a San Pablo y a nosotros)
con toda clase de bienes espirituales y celestiales.

⁴ Él nos eligió en la persona de Cristo
antes de crear el mundo (a San Pedro, a San Pablo a la Schola Veritatis y a nosotros en ella),
(para qué) para que fuésemos santos
e irreprochables ante él por el amor.

⁵ Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya, a ser sus hijos (el misterio de la filiación divina),
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido

⁶ en su querido Hijo,
redunde en alabanza suya (para que en todo sea Dios glorificado).

⁷ Por este Hijo, por su sangre, /
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.

⁸ El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros (ciertamente Dios ha derrochado en nosotros),

⁹ dándonos a conocer
el misterio de su voluntad.

Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:

¹⁰ hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza
lo que hay en el cielo y lo que hay en la tierra. Amén.